JULIÁN MARTÍN DE SALAZAR

POR ASALTO

DIALOGO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

POR ASALTO

POR ASALTO

DIALOGO

DE

JULIÁN MARTÍN DE SALAZAR

Estrenado en el COLISEO IMPERIAL de Madrid, á beneficio de la primera actriz D.ª Ramona Valdivia, en Junio de 1908

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1908

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FANNY	Srta. Valdivia.
CARLOS	Sr. Palacios.

EPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del actor

POR ASALTO

La escena representa el «boudoir» de Fanny; en el fondo un tocador; á la derecha puerta, á la izquierda balcón practicable; muebles modernos del mayor lujo y distribuídos con la mayor coquetería. En medio del escenario un centro encima del cual se ven en desorden periódicos de modas, cintas, estuches de joyas y un pequeño revólver. Es de noche y está encendida la bombilla central de la luz eléctrica.

ESCENA PRIMERA

FANNY, sola

Al levantarse el telón se abre la puerta de la derecha y entra Fanny lujosamente vestida y con abrigo de teatro

(Hablando con la doncella que se supone está en el cuarto contiguo.) Bien, sí, ya te llamaré: quiero estar sola... (Dirigiéndose al centro y tomando una carta que habrá en una bandeja de plata.) ¿Háse visto mayor impertinencia? Este hombre es un atrevido, lo cual no quita para que sea al propio tiempo encantador. ¡Perseguirme de esta manera!... Ir al baile de la embajada y encontrármelo en los salones con su *monocle* en ristre... ir al teatro, y topármelo en el *foyer*... llegar á casa, y la primer palabra de la doncella ser un aviso de que me han traído

una carta... Una carta que debe ser suya... suya por lo perfumada, por lo *rococó*... ¡Y creerá que voy á leerla! ¿Para qué? En ella me repetirá todas las vaciedades que ha deslizado en mi oído al bailar anoche el último Boston... Que me adora... que no puede vivir sin mí... ¿Y á mí qué me importa? Yo vivo perfectamente sin él... Pero.. es claro... soy viuda... soy joven, soy guapa y mi asedio descubre amplios horizontes en lontananza... Soy rica además y mi conquista puede redondear un negocio... ¡Ah! imbéciles hombres... siempre os creeis de caza ó en el tiro de pichón... cada mujer que salta en vuestro camino es una pieza más que hay que cobrar, añadiéndola á las cobradas anteriormente... Lo malo es que en vez de *cobrarlas*, soleis *pagarlas* muchas veces... pero esto sólo reza con las palomas torcaces; cuando se trata de una heredera ó de la viuda de un banquero... cobrais... cobrais la pieza seguramente. ¡Al fuego... al fuego, pues, esta carta!... Pero, ¿dónde está el fuego?... Con los modernos adelantos, ni hay bujías, ni hay chimeneas... es fuerza resignarse á tener delante de los ojos este ridículo papel... Pudiera romperlo... Pero, ¿qué lograba? Los pedacitos, además de ensuciar la alfombra, quedarían vivos ante mis ojos. ¡Ah! Los tiraré por el balcón... ¿Y quién lo abre ahora?... ¡Hace un frío!... (Reflexiona un momento.) ¡No importa! Estoy abrigada... es un momento nada más... Pero, ¿romper la carta sin leerla?... ¿Y si me dice en ella algo interesante?... ¡No es posible!... ¡Es un imbécil!.. Y bien: por lo mismo se descubrirá escribiendo... Leámosla. (Abre la carta y lee para sí.) ¡Lo de siempre... lo de todos... protestas de amor! ¡Pero dice algo más!... Dice que puesto que no le quiero atender en público, se verá en la precisión de interpelarme en privado. ¡Creerá que lo puede conseguir! Yo no recibo más que á quien me place... tendrían que presentarle y yo, con cual-

quier pretexto, no aceptaría su presentación... ¡Imposible es que llegue á mí!... ¿Y si piensa llegar recurriendo á la violencia?... ¡Bah! hoy no vivimos como en el siglo XVII. Las puertas de mi hotel están perfectamente cerradas. Las del jardín que le rodea, también. En cuanto á la verja, es muy alta... muy alta y puntiaguda... además, los serenos... los vigilantes, le impedirían saltarla... ¡Eh! (Oyendo unos golpecitos que suenan en las vidrieras del balcón.) ¡Parece que han golpeado en los cristales!... Serán las cuerdas de las persianas que, á impulsos del aire, los azotan... Eso es, sí... Nada se oye... ¡Hasta en plena civilización las altas horas de la noche hacen forjar quimeras! Rompamos esta insulsa *misiva* y que el viento de la noche esparza sus trozos en el espacio... (Rompe la carta, abre el balcón y se dispone á arrojar por él los pedazos; pero al tiempo de abrir, Carlos aparece; Fanny da un grito, suelta los trozos de la carta y, retrocediendo, se apodera del revólver. Carlos entra de frac, se quita el clak y lo deposita, cerrándolo, encima del centro, después de haberlo sacudido. Saca el pañuelo, se limpia el rostro y las solapas del frac, y haciendo caso omiso del revólver de Fanny, que sigue apuntándole, se ocupa sólo de su persona.)

ESCENA II

FANNY y CARLOS

CAR. ¡Caramba! ¡Qué mala se ha puesto la noche! ¡Qué modo de caer agua!... Desde el coche hasta aquí, me he puesto como una sopa... ¡Si lo sé, no me quito el gabán! ¿Pero quién escala la verja envuelto en pieles?

FAN. ¿De manera que usted ha escalado?...

CAR. Sí, la verja primero y el balcón después. El arquitecto puso providencialmente un banco bajo el balcón y entre el balcón y el banco una claraboya con su correspondiente reja... el camino no es cómodo, pero sí fácil.

FAN. Lo malo es que á su término puede encontrarse el que suba con el cañón de un revólver.

CAR. Lo cual importa poco, cuando está el revólver descargado.

FAN. ¿Descargado?... Yo lo cargué esta mañana...

CAR. Y yo lo descargué por la tarde.

FAN. ¿Ha estado usted aquí?

CAR. ¿Quería usted que me decidiera á venir por la noche sin reconocer antes el terreno?

FAN. ¿Seduciendo tal vez á alguno de mis criados?

CAR. Eso sería cometer un delito que yo no puedo permitirme.

FAN. ¿Y se permite usted el de asaltar una casa?

CAR. No á fe, porque su dueña está conforme.

FAN. ¿Yo conforme?...

CAR. La prueba es que me ha abierto usted los cristales.

FAN. ¿Usted cree, pues.. ?

CAR. Que si en mi presencia hay un delito, somos en él coautores.

FAN. Lo que es usted es un cínico.

CAR. Y usted la mujer más hermosa que se ha presentado ante mis ojos.

FAN. Y por serlo, nada más, ¿se atreve usted á ofenderme?

CAR. Es la única manera de lograr batirse con usted, cuerpo á cuerpo.

FAN. Ya es usted, además de cínico, insolente.

CAR. La insolencia es el medio de proclamarse victorioso.

FAN. ¿Eso presume usted?

CAR. Eso afirman cuantos la conocen.

FAN. Me calumnian...

CAR. A usted tal vez, pero no á su sexo.

FAN. ¿Pues qué opinan de él?

CAR. Opinan... que ustedes son plazas fuertes; que si extreman la defensa es para hacer más valiosa la rendición.

FAN. Pues usted y... los demás... se equivocan.

CAR. Eso afirma usted, pero no lo cree... El amor femenino es muy condicional... aman ustedes porque sí... porque tienen necesidad de amar. ¿Qué razón hay sino para que una

mujer quiera á un hombre?... Ninguna. Los hombres, salvo excepciones, somos casi todos feos, algunos llegan á repugnantes... Nuestro espíritu es duro... poco delicado... ¿Por qué, pues, se rinden á nuestro amor?

FAN. ¿Y ustedes, por qué se rinden al nuestro?

CAR. Es muy distinto, señora. Ustedes son dechado de belleza; ustedes son escuela de ternura. Hechas para agradar, concéntrase en ustedes el atractivo supremo: sus ojos, ya chispeantes, ya mañosos, ya descuidados, prometen hondos afectos, encienden vivas pasiones... los fijan y como acero en el corazón penetran, los revuelven y son rayos que alumbran y queman al mismo tiempo. Quizá no hay nada... nada... absolutamente nada, tras aquellos fuegos de pirotecnia... pero... el deslumbramiento avasalla... ¿Qué hay en nosotros que equipararse pueda á sus atractivos? ¿Por qué se venden ustedes al amor que las profesamos?

FAN. Por instinto quizá... porque queremos rendirnos...

CAR. Esa es la palabra, sí... quieren ustedes rendirse y su defensa es un cálculo.

FAN. Hace usted mal en repetir esa afirmación.

CAR. ¿Y por qué, señora?

FAN. Porque es una necedad con ribetes de grosería.

CAR. ¿La ha molestado á usted?

FAN. Hay otra cosa que me molesta mucho más...

CAR. ¿Cuál es?

FAN. Su presencia.

CAR. ¿Lo dice usted de corazón?

FAN. ¡Y se permite usted dudarlo!... Yo quizá hubiera tenido sumo gusto en escucharle á usted... en otra ocasión... de un modo más correcto... Pero en esta, buscada, asaltando usted mi casa y mi habitación... ¿Puede ser agradable la presencia de una persona cuando tal presencia denigra?

CAR. Quizá tiene usted razón.

FAN. La tengo sin duda alguna.

CAR. Pero es que usted olvida que el amor...

FAN. Para ser agradable tiene que ser respetuoso.

CAR. Más excusa siempre el atrevimiento.

FAN. Es inútil que arguya usted. En esta casa... que es mía, sobra siempre quien se introduzca sin mi permiso... Ni una palabra más; retírese usted, y no me obligue á hacer que le retire á la fuerza.

CAR. ¿A la fuerza?

FAN. Sí.

CAR. ¿Y de qué modo?

FAN. Pidiendo auxilio á mi servidumbre.

CAR. ¡No se atreverá usted!

FAN. Porque me atreveré lo digo.

CAR. Señora... eso es muy fuerte.

FAN. Más fuerte es que haya usted penetrado aquí.

CAR. ¿Y cómo ante los que acudan justificará usted su llamamiento?

FAN. Haciéndoles ver que ha llegado hasta mí violentamente.

CAR. ¿Y con qué intención?

FAN. Eso se lo preguntarán á usted.

CAR. Pero usted no ha pensado en que yo no tengo trazas de golfo, ni soy un cualquiera que por desconocido pudiera caer en sospechoso... Yo no puedo haber asaltado su casa por cometer un delito vulgar... por despojarla de sus joyas...

FAN. Ni yo sería capaz de achacarle tan ruin vileza.

CAR. Mil gracias... pero, entonces... ¿Por qué razón estoy aquí?

FAN. Ya he dicho á usted que no soy yo quien debe darla.

CAR. Sí, porque es usted la que reclama auxilio en contra mía.

FAN. El hecho de reclamarle prueba que protesto de su presencia.

CAR. ¿Después de consentirlo largo rato?

FAN. No sabe nadie el tiempo que ha transcurrido desde la llegada de usted.

CAR. ¿Y cómo he llegado yo en contra de su voluntad?

FAN. Asaltando ese balcón.

CAR. ¡Y lo he abierto sin romper ni uno solo de sus cristales?

FAN. ¡Oh!... Dice usted bien... eso... demostraría mi aquiescencia... Pero me queda un recurso... Rompo los cristales yo, acuden al estrépito los criados, y ese estrépito, unido á mis palabras, hace constar que ha entrado usted por sorpresa. (Acercándose á las vidrieras y amenazando romperlas. Carlos se muerde los labios y se adelanta á detenerla.)

CAR. No, no los rompa usted... Semejante escándalo no la conviene... y mañana tendría que llamar al vidriero.. Basta con su voluntad para que yo me retire... Perdone usted mi osadía, y en prueba de ese perdón deme usted á besar su mano.

FAN. Si hubiera usted entrado por la puerta del hotel, quizá le complacería.

CAR. Pues complázcame ahora y mañana entraré por la puerta... Viene á ser lo mismo.

FAN. Yo no recibo más que los viernes, y hoy es lunes.

CAR. (Sentándose.) Esperaré esos tres días.

FAN. Pero es que no recibo más que señoras..

CAR. Entonces... ¿Qué puedo hacer?

FAN. Ahora... marcharse.

CAR. Por segunda vez me lo dice... y no quiero que me lo repita... A los pies de usted. (Toma el sombrero y se dirige hacia la puerta de la habitación.)

FAN. ¿Dónde va usted? (Interponiéndose.)

CAR. A la calle.

FAN. ¿Pero, por la puerta?

CAR. ¿Por dónde, si no?

FAN. Usted comprenderá que por la puerta... le verían.

CAR. ¿Y usted no ha oído decir
«que en el arte militar
la muralla es para entrar,
la puerta para salir?...»

FAN. Sí... sí... eso lo dicen en *Venganza catalana*.

CAR. Y yo en venganza *cortesana* lo ejecuto.

FAN. (Interponiéndose.) ¡De ningún modo!... He di-

cho á usted que se marche y ha de llevarlo á efecto por donde ha entrado.

CAR. ¿Por el balcón?

FAN. Naturalmente.

CAR. (Mirando al través de las vidrieras.) ¡Está muy alto!

FAN. No lo estuvo para subir.

CAR. La esperanza tiene alas de las que el desengaño carece.

FAN. ¿No se marcha usted, pues?

CAR. ¡Oh!... No, señora.

FAN. ¿Será entonces preciso que lo echen?... (Aproximándose de nuevo á la vidriera y amenazando con romperla.)

CAR. (Deteniéndola.) ¡Oh! Por Dios, no sea usted así... No rompa usted los cristales... Ciérrelos más bien... ó permita usted que los cierre... Está lloviendo... Entra frío... y usted es lo bastante altiva para no hacer que yo pague los vidrios rotos... Aquí no se ventila el cuarto, (Cerrando.) se ventila una cuestión que atañe á nuestra felicidad... Yo estoy loco por usted... usted me rechaza... ¿Por qué esa tenacidad?... ¿La fué tan mal en su primer matrimonio que no quiera ya repetir la suerte?

FAN. Señor mío... es usted un cándido. ¿Por qué he de quererle á usted?... ¿Piensan ustedes que las mujeres no tienen voluntad propia, que están hechas, digámolo así, para su uso, que su única salida es sucumbir á sus asedios?... ¿Y por qué?... Bien está, mi galante salteador de domicilios, bien está que apure todos los medios para lograr la posesión de una mujer que juzga bella y que se le ha antojado por difícil, pero en vez de emplear su ingenio en sorprender la manera de llegar hasta su gabinete, debiera usted haberle agotado en inquirir el camino de llegar á su corazón.

CAR. El corazón de las mujeres es, amiga mía, un arcano... un laberinto, como aquel de la fábula, en el que no se sabe cómo penetrar ni cómo salir... si se ha tenido la suerte de penetrarlo... de un modo ó de otro acaban

ustedes por rendirse, pero sin que nadie... ni ustedes mismas sepan por qué... ¿Cuál es? ¿Dónde está el camino de su corazón?

FAN. No necesita usted preguntarlo.

CAR. ¿Por qué?

FAN. Porque tal vez lo está siguiendo.

CAR. ¿Es de veras?

FAN. Lo es. Pero aun le queda mucho que andar... El hombre que ama y que pretende ser amado, debe á un tiempo mostrarse atrevido y respetuoso, súbdito y señor. Debe dejar á un lado los ímpetus materiales, porque esto, para nosotras, son aves de paso que en cualquier árbol anidan y vuelan luego hacia cualquier región. Acostumbradas al vasallaje que impone nuestra belleza, nos halaga encontrar siervos, pero sólo nos dominan los que son héroes.. Somos capaces de esclavizarnos á un hombre superior y faltarle con el más abyecto... nuestro espíritu y nuestra materia nunca están conformes... y seríamos ángeles si no fuéramos mujeres.

CAR Pero está usted haciendo una pintura horrible.

FAN. Es mucho más que horrible, verdadera.

CAR. ¡Oh, no! Permítame usted que yo defienda á su sexo.

FAN. Mi sexo está muy alto y no necesita defensas...

CAR. Siendo así, no concibo...

FAN. Por eso no puede usted conocernos.

CAR. Señora...

FAN. Amigo mío... Ustedes no saben por dónde andan; ustedes hacen un culto de las mujeres (tradición romántica) ó (tradición clásica) las toman como instrumentos de placer... En uno y en otro caso olvidan que son á un tiempo vehículo de la vida y alegría del hogar; su misión es celestial y no en su belleza sólo sino en su espíritu radica... ¿Ve usted esa luz? (Señalando á la bombilla de luz eléctrica.)

CAR. Sí. Veo una bombilla de veinticinco bujías de luz eléctrica...

FAN. ¡Pues ya me ha dado usted la razón! Que penda esa luz únicamente del flexible, que la sustente un brazo de bronce, que resplandezca entre una araña de cristales... todo eso es secundario... lo esencial es la luz... y nosotras, nosotras... ¡para dar luz y para dar á luz estamos hechas!

CAR. Quizá, tiene usted razón... Y según eso, señora...

FAN. Es un iluso el que nuestra misión no comprenda... es un demente el que nos quiera subyugar... Usted ha estado aquí porque me era agradable su presencia... Se retirará usted porque á las mujeres como yo, no se llega por asalto sino caminando de rodillas... ¡Lo mismo me da que salga usted por el balcón que por la puerta!.. Si fuese por la puerta... no volvería usted á entrar... Si fuese por el balcón... quizá le estimara el riesgo de estrellarse por mi cariño.

CAR. Pues por el balcón me voy... y conste que sentiría estrellarme... Pero de un modo tan sugestivo me pide usted que arrostre la contingencia de romperme el cráneo en honor suyo, que quien la ha arrostrado una vez la arrostrará ciento... con tal que usted prometa recompensarle...

FAN. Arróstrelo usted y déjese de promesas...

CAR. Con ellas ó sin ellas, encuentro que es más peligroso que el subir... el bajar...

FAN. Inténtelo...

CAR. Pero...

FAN. ¡Bah! Sacrifíquese por mí...

CAR. ¿Y el público qué dirá?

FAN. ¿Pero es que hay público aquí?

(Carlos le indica el público haciendo un signo afirmativo.)

¡Pues creo que aplaudirá!

(Se dirigen al balcón, lo abren, Carlos besa la mano á Fanny y se dispone á descender. Cae el telón.)

FIN DEL DIÁLOGO

Obras del mismo autor

Fuentetibia, juguete cómico en un acto, original.

La flor del pueblo, boceto dramático en un acto, original.

A través de la vida, colección de cuentos.

Amelia, novela (1).

Trini, segunda parte de *Amelia.* (En prensa.) (1)

(1) **En colaboración con D. Manuel Valcarcel.**

Precio: UNA peseta